

# Los pueblos desaparecidos de la Depresión Central de Chiapas\*

**Dr. Juan Pedro Viqueira**  
Centro de Estudios Históricos  
El Colegio de México

De los 34 pueblos de indios que los españoles fundaron en la Depresión Central de Chiapas y en sus inmediaciones, la mitad exacta —17— desaparecieron. Tras sufrir epidemia tras epidemia, plaga tras plaga, hambruna tras hambruna, sus pocos sobrevivientes optaron por abandonarlos y trasladarse a otros lugares más benignos. De estos pueblos desaparecidos, sólo se conservan los vestigios de sus edificios, especialmente los de sus iglesias, que se construyeron con la intención de que duraran siglos. En algunos de ellos, quedan los cimientos del templo; en otro, las hileras de las piedras de una esquina de la iglesia que quedaron atrapadas en el tronco de un árbol que creció entre los escombros. Pero en varios, siguen en pie los muros de sus majestuosas iglesias, una de ellas —la de Copanaguastla— incluso más grande que la catedral de San Cristóbal de Las Casas.

Todos estos vestigios del pasado se encuentran en áreas que incluso hoy día se caracterizan por sus bajas densidades de población. El contraste entre estos espacios vacíos, en los que se cuentan más vacas que humanos, y esas ruinas imponentes no deja de suscitar la curiosidad de los raros visitantes que se aventuran fuera de los caminos trillados del turismo de masas: ¿qué hacían estos imponentes

---

\* Publicado originalmente en *Vestigios de un mismo mundo*, Morelia, El Colegio de México / El Colegio de Michoacán / Universidad de Murcia / Centro Cultural Clavijero, 2011, pp. 34-59.

templos en una región tan abandonada de la mano de Dios? En realidad, la pregunta está mal planteada porque esos rincones de la Depresión Central, ahora casi desiertos, fueron antes las zonas más pobladas, prósperas y dinámicas de Chiapas. La pregunta correcta es, pues, ¿cómo unas regiones tan ricas terminaron siendo abandonadas por sus pobladores, a tal extremo que incluso hoy en día permanecen en el olvido? Es esta trágica historia de la Depresión Central la que queremos narrar sucintamente en estas páginas.

### **La Depresión Central de Chiapas en los tiempos prehispánicos**

La Depresión Central de Chiapas es una amplia región de tierras bajas (entre los 500 y 600 msnm.) que se abre paso entre el Macizo Central, al norte, y la Sierra Madre de Chiapas, al sur. Principia en el actual embalse de la presa de Malpaso, al noroeste, y termina, al sureste, al pie de las majestuosas montañas de Los Cuchumatanes en Guatemala. Por ésta, se deslizan pacíficamente las aguas del Río Grijalva (en el pasado conocido como Río Grande de Chiapa) y de sus afluentes, antes de adentrarse en el famoso Cañón del Sumidero. Conformada por una multitud de pequeños valles, separados unos de otros por cadenas de lomeríos de formas caprichosas, y rodeada por tres de sus costados por altas y abruptas serranías, la Depresión Central fue habitada desde tiempos remotos por muy diversos grupos humanos que llegaron atraídos por sus tierras llanas —especialmente aquellas ubicadas en las vegas de sus ríos— y por ser ésta una excelente vía de comunicación entre el Altiplano Guatemalteco y el Mexicano.

De hecho, casi todas las lenguas mesoamericanas de Chiapas estaban presentes en la región en el momento de la conquista española. Esto significa que casi todos los grupos lingüísticos del actual estado de Chiapas lucharon por ocupar algunas de sus fértiles tierras y por ubicarse cerca de una ruta de comercio de enorme importancia. Los más antiguos pobladores de la Depresión Central cuya lengua es posible identificar fueron los antepasados de los zoques. Es probable que hayan ocupado no sólo toda la

región, sino también la costa del Pacífico de Chiapas y gran parte de las montañas del Macizo Central, desde 4 000 años a.C.

Unos 3 000 años más tarde, grupos de la familia maya que se habían asentado en la Selva del Petén se fueron introduciendo en el actual territorio de Chiapas, avanzando en dirección a la Depresión Central. A lo largo de un lento proceso que duró casi un milenio, fueron desplazando hacia el oeste a los zoques hasta llegar al valle del Río Grande. Entre los siglos V y X de nuestra era, su idioma original se escindió en dos, dando así nacimiento al tzeltal y al tzotzil. Unos siglos después otro grupo maya, los chujes, descendieron de los Cuchumatanes para ocupar la región de Comitán y el extremo sureste del Valle del Río Grande. Con el paso del tiempo, su lengua se fue alejando de la que se hablaba en los Cuchumatanes para dar lugar al tojolabal.

Las grandes conmociones que se produjeron en Mesoamérica tras el abandono de Teotihuacán arrojaron a grupos humanos todavía más lejanos a la Depresión Central. Así, un audaz grupo que hablaba una lengua de la familia otomangue (de la que forman parte los otomíes, los mixtecos y los zapotecos) emprendió una larga marcha desde el centro de México. Después de atravesar las llanuras costeras de Chiapas, se asentó en el actual territorio de Nicaragua, en donde dieron origen a los mangles. Una parte de estos migrantes se separó del grupo principal y, probablemente a través del puerto de montaña conocido como La Sepultura, cruzó la Sierra Madre de Chiapas y penetró en la Depresión Central. Tras desalojar a los tzotziles y conquistar algunos asentamientos zoques, se adueñó del extremo noroeste del Valle del Río Grande, es decir del área conocida como La Frailesca y sobre todo de las fértiles vegas del Río Grande que se encuentran entre el cañón de La Angostura y el del Sumidero. En el momento de la conquista española, este grupo —los chiapanecas— se había constituido en el señorío más poderoso y temido de toda la región.

Más sorprendente, incluso, que esta invasión por parte de guerreros del Altiplano Central, fue la llegada después del siglo XII de personas originarias de la Huasteca, que se asentaron en las dos vertientes de la Sierra Madre de Chiapas, dando lugar a otra lengua de la familia maya, el cabil o

chicomulteco. No es imposible que los futuros cabiles hayan llegado atraídos por el cacao del Soconusco —el más apreciado de toda Mesoamérica— y que se hayan dedicado al comercio de este codiciado grano, llevándolo hasta las costas del Golfo de México.

Finalmente, a principios del siglo XVI, México-Tenochtitlan intentó extender su imperio desde el Golfo de México hasta la Depresión Central para así abrir una ruta alterna hacia el Soconusco, que había sido conquistado durante el reinado de Ahuitzotl (1487-1502). Pero la llegada de los españoles puso fin a estos planes expansionistas justo cuando los mexicas habían logrado tener acceso a la Depresión Central, gracias a su alianza con el señorío de Zinacantán.

El interés de tantos grupos humanos por ocupar aunque fuera tan sólo una pequeña área de la Depresión Central nos muestra claramente su importancia. De hecho, aunque la región no está en el origen de ninguno de los grandes avances civilizatorios de Mesoamérica, siempre fue una de las primeras en adoptarlos. No es, pues, una simple casualidad que la primera tumba construida al interior de una pirámide en toda Mesoamérica se haya encontrado en Chiapa de Corzo, cuando era todavía un asentamiento zoque, ni que la fecha calendárica maya más antigua que se conozca se encuentre también en Chiapa de Corzo, que fue también ocupada por grupos mayas.

Los siguientes pobladores de aquella ciudad, los chiapanecas, no sólo mantenían una constante rivalidad con sus vecinos tzotziles y zoques y luchaban contra ellos por el control de varios recursos naturales, entre otros las salinas de Ixtapa, sino que además se daban el lujo de hostigar a los comerciantes mexicas, los llamados pochtecas, que transportaban el tributo del Soconusco a México-Tenochtitlan, en la costa del Pacífico, cerca de los actuales límites entre Oaxaca y Chiapas, es decir a más de 125 kilómetros de su capital, Chiapan.

De hecho, cuando las huestes españolas comandadas por Luis Marín llegaron a la Depresión Central en 1524, se quedaron maravillados por la grandeza de Chiapan. Bernal Díaz del Castillo, quien participó en esta primera expedición, describe así la primera impresión que tuvo de aquel asentamiento:

"[...] y verdaderamente se podía llamar ciudad, y bien poblada, y las casas y calles muy en concierto, y de más de 4 000 vecinos, sin otros muchos pueblos a él que estaban sujetos a su rededor".

Y sobre sus pobladores, el veterano de tantas batallas afirmó que:

"los chiapanecas [...] eran en aquel tiempo los mayores guerreros que yo había visto en toda la Nueva España, aunque entre en ellos tlaxcaltecas y mexicanos, ni zapotecas ni mixes. Y esto digo porque jamás México los pudo señorear, porque en aquella sazón era aquella provincia muy poblada, y los naturales de ellas eran en gran manera belicosos y daban guerra a sus comarcanos [...]".

A pesar de la fuerza de los chiapanecas, otros señoríos importantes habían logrado mantener el control sobre grandes porciones del valle del Río Grande, más al sureste. Al enterarse de la derrota de sus enemigos, sus gobernantes acudieron "a dar obediencia a Su Majestad", el rey de España. Entre ellos, Bernal Díaz del Castillo menciona a Zinacantán, Copanaguastla y Pinola (ahora Villa Las Rosas).

### **El auge del camino real de Chiapas**

Lógicamente, cuando los españoles decidieron fundar una ciudad en la región, el sitio de Chiapan les pareció uno de los más adecuados. Así, en marzo de 1528, las tropas comandadas por Diego de Mazariegos, que habían salido de México-Tenochtitlan unos meses antes, erigieron, a corta distancia de Chiapan, un asentamiento español, llamado originalmente Villa Real. Pero, unos días después, Mazariegos se enteró de que, a principios de ese año, otro grupo de españoles, comandado por Pedro de Portocarrero, había fundado una villa en los Llanos de Comitán, tras llegar desde Guatemala. Mazariegos decidió, entonces, trasladar la Villa Real a la región de Los Altos con el fin de estar en mejores condiciones de disputar ante las autoridades españolas el control del territorio a su rival.

La consecuencia de esta decisión totalmente coyuntural fue que la nueva cabecera de la alcaldía mayor de Chiapas, rebautizada unos años después como Ciudad Real —ahora San Cristóbal de

Las Casas—, quedó al margen de las principales rutas de comercio y de las actividades productivas más redituables, llevando una vida gris y apocada.

En cambio, el traslado de la villa española no afectó el desarrollo de Chiapan, que pasó a ser conocido como Chiapa de los Indios o Chiapa de la Real Corona. Gran parte del éxito económico de este pueblo de indios se debió a la importancia que adquirió el camino real que atravesaba toda la Depresión Central. En efecto, en los tiempos prehispánicos, los viajeros y mercaderes que querían utilizar esa ruta, por ser la más directa y llana, se enfrentaban al gran problema de que tenían que pasar por el territorio de muchos señoríos rivales entre sí que, de vez en cuando, se engarzaban en pequeñas guerras. Obviamente, este obstáculo desapareció cuando todos los señoríos quedaron sujetos a la autoridad del rey de España, gracias a lo cual esta ruta comercial pudo desarrollar todo su potencial.

Además, para que los viajeros pudieran contar con lugares en donde pasar la noche, comer y alimentar a sus animales, a mediados del siglo XVI, los evangelizadores dominicos congregaron a gran parte de los naturales de la región en pueblos ubicados a la vera del camino real, a pesar de que muchos de sus asentamientos originarios se encontraban a mayor altitud, en el pie de monte cercano, en la región de las Terrazas de Los Altos. Así, los frailes predicadores fundaron los pueblos de Aquespala, Escuintenango, Coapa, Copanaguastla, Ostuta y Acala en el fondo del valle del Río Grande, como lugares de descanso y de refresco.

Las dos siguientes etapas del camino real eran dos pueblos cuyos habitantes ya se encontraban en las partes bajas de la Depresión Central: Chiapa de los Indios y Tuxtla. En éste último, el camino se dividía en dos: un ramal conducía al Istmo de Tehuantepec, pasando por Ocozocoautla y Jiquipilas; el otro abandonaba la Depresión Central para enfilarse por los puertos de montaña cruzando por Osumacinta, Chicoasén, Copainalá y Tecpatán, para finalmente volver a descender al Río Grande de Chiapa en el puerto fluvial de Quechula. A partir de ese punto, el río se volvía navegable hasta el Golfo de México, salvo en un corto tramo, los raudales de Malpaso.

Por esta vía, salía de la ciudad de Santiago de Guatemala (la actual Antigua Guatemala) la plata recaudada por la Real Hacienda con destino al puerto de Veracruz, en donde se embarcaba hasta España. Por ahí entraba al reino de Guatemala gran parte de las mercancías traídas de Europa. Por ella, circulaban también productos valiosos como el cacao, el azúcar y el algodón, ya fuera en bruto, ya fuera tejido en mantas.

Esto propició un gran auge económico en la Depresión Central: las haciendas dedicadas al cultivo de la caña de azúcar y las estancias de ganado mayor —caballos, mulas y reses— proliferaron en poco tiempo. Aunque la mayoría era propiedad de españoles, también los indios fundaron sus propias estancias de ganado que alimentaban la caja comunal del pueblo o las arcas de sus cofradías. El extremo sureste del valle del Río Grande se volvió famoso por la calidad de los caballos que se criaban en sus tierras y que se llegaron a vender, incluso, en la ciudad de México. Estas haciendas, llamadas de Castarrica —nombre que hace referencia a la calidad de la casta de sus equinos—, constituyeron el núcleo principal del único mayorazgo que existió en Chiapas, el de Pedro Ortés de Velasco, quien era hijo de un conquistador y encomendero que llegó a Chiapas con las tropas de Mazariegos. Este mayorazgo, fundado en 1599, incluía las mencionadas estancias que se encontraban cerca de los pueblos de Coneta, Coapa y Escuintenango, junto con algunas casas y milpas del valle de Ciudad Real.

Otras propiedades se especializaron en el muy rentable negocio de la cría de mulas, que, junto con los caballos y los burros, eran muy demandados por los arrieros que transportaban mercancías entre el altiplano guatemalteco y Oaxaca, Veracruz y Tabasco. Las estancias dedicadas al ganado vacuno no se quedaron atrás y también se insertaron exitosamente en los circuitos comerciales, llegando a vender sus animales en las ciudades de Oaxaca, Puebla y México.

El valle del Río Grande conoció además una efímera fiebre del oro, cuando inmediatamente después de la Conquista se encontraron unas minas de este metal precioso en el territorio de Copanaguastla. Miles de indios fueron movilizados para extraer el mineral, y se llegó incluso a abrir una casa de moneda en Ciudad Real para no tener que llevar a fundir el oro hasta Santiago de

Guatemala. Sin embargo, tras 20 años de explotación intensiva, las minas se agotaron y cayeron en el olvido, a tal extremo que incluso hoy en día ignoramos por completo en donde se ubicaban.

A fines del siglo XVI, Chiapa de Indios era el asentamiento más poblado de la alcaldía mayor: no sólo casi el 10% de los tributarios indios vivían ahí (2,094 tributarios de un total de 22,106), sino que también contaba con el mayor número de españoles, mestizos, castas y negros, incluso por arriba de la cabecera de la provincia, Ciudad Real. Unas décadas después, el cronista Vázquez de Espinosa escribió refiriéndose a este pueblo:

"Es uno de los mejores y mayores de indios, no sólo de la Nueva España, sino de todas Las Indias; tiene más de 10 000 indios vecinos, todos de mucha policía y razón. Son muy hábiles e ingeniosos, aprenden con facilidad cualquier oficio, que consiste en arte. Son muy acaballados, corteses y bien criados, y todos los más son muy buenos hombres a caballo. Y así tienen muy buenos caballos y hacen muy buenas fiestas, corren cañas y sortija, que pudieran parecer muy bien en la corte de su Majestad".

En Chiapa de Indios y sus inmediaciones, se cultivaban grandes cantidades de maíz, frijol, chile, algodón, caña de azúcar y frutas diversas. Esto permitía que todos los días por la tarde, se instalara un tianguis de lo más concurrido. Por otra parte, las mantas de algodón que se tejían ahí eran sumamente demandadas y se cotizaban muy bien en la provincia del Soconusco, en la ciudad de Guatemala, en la costa de Zapotitlán y en la villa de La Trinidad Sonsonate (estas dos últimas en el actual territorio de El Salvador). En las estancias vecinas, se criaban mulas y caballos.

Pero lo que más llamaba la atención de todos los viajeros era la prosperidad de un sector importante de los indios, que calzaban zapatos y vestían a la usanza española. Algunos de estos indios practicaban diversos oficios y se desempeñaban como carpinteros, sastres, zapateros y herreros. Otros se dedicaban al comercio a larga distancia, moviéndose entre la costa de El Salvador y la provincia de Oaxaca. Finalmente, había un grupo importante de nobles indios que contaban con el título oficial de



caciques, que poseían prósperas estancias y que monopolizaban los cargos más importantes del pueblo, empezando por el de gobernador.

Otros pueblos del valle del Río Grande de Chiapa también destacaban por su riqueza. Tal era el caso de Copanaguastla. Fray Tomás de la Torre, hacia el año de 1545, describió así la región en la que se ubicaba este asentamiento:

"La tierra de Copanaguastla y toda la comarca es maravillosa en todo, primeramente en temple; porque ni hace frío ninguno ni demasiado calor. Hay abundancia de toda la comida de los indios, así maíz como ají y todo lo demás que ellos comen, es la madre del algodón y de allí se visten todas estas provincias; es tierra llanísima, de grandes pastos para ganados y a las espaldas tienen las sierras de donde se saca el oro. Es del todo semejante a Jericó; hay infinitas palmas, palmitos excelentísimos, aunque pasaron cuatro años que no los comimos, ni los indios nos los dieron pensando que no sabíamos comerlos. Tiene grandes tierras de regadillos y otras cosas grandes".

Además en sus ríos se cogían muchos peces y en las vegas crecía una gran diversidad de frutas de la tierra. Finalmente, los españoles no tardaron en introducir el cultivo de caña de azúcar en la región. La producción agrícola de la Hondonada de Copanaguastla llegó a ser tan abundante que permitía suplir parte de las carencias de los pueblos de la alcaldía en años de malas cosechas o de epidemia. El algodón y las mantas que se tejían en el lugar no sólo abastecían a la mayor parte del obispado, sino que incluso se exportaban a otras provincias del Reino de Guatemala.

Coapa fue otro pueblo que destacó en la Depresión Central. El hecho de que los frailes dominicos, tras haber edificado una primera iglesia de tamaño más bien modesto, hayan erigido una segunda de mayores proporciones es una clara señal del dinamismo que alcanzó a tener este poblado. Ello a pesar de que las tierras en que se encontraba no eran de las mejores. De hecho, la producción de maíz no era demasiado abundante y sólo alcanzaba para cubrir las necesidades locales. Para complementar su dieta, los naturales se alimentaban con animales de caza, caracoles de río, y semillas de palma corozo y guanacaste. También sembraban algodón y producían importantes cantidades de

petates. Pero la mayor riqueza de la región fue sin duda alguna el ganado, especialmente el caballo — muy demandado por los viajeros— y el vacuno, que se criaban tanto en las estancias de españoles, como en los ejidos de los naturales.

Incluso un pueblo como Escuintenango, a pesar de que contaba con una población india cinco veces menor a la de Chiapa de Indios, suscitó el siguiente comentario de Thomas Gage a principios del siglo XVII:

"Es una de las más finas ciudades indias de la provincia y muy rica, ya que hay mucho tejido de algodón y, debido a su situación, por encontrarse en la carrera de Guatemala, todos los mercaderes del país que comercian con sus mulas pasan a través de esta ciudad y ahí compran y venden, enriqueciéndose con dinero y géneros. Tiene gran cantidad de frutas, especialmente esa que llaman piña o fruto del pino [sic]. Está situada al lado del gran río que corre por Chiapa de los Indios y que tiene su nacimiento en los Cuchumatanes. Aun así, éste es ancho y profundo aquí. Ningún hombre o bestia que viaja puede salirse o meterse de Guatemala, sino navegándolo. Y como el camino es muy utilizado por viajeros y por lo que se llama recuas de mulas (cada recua contiene 50 o 60 mulas), este ferry es utilizado día y noche, dejando mucha riqueza a la ciudad a fin de año. Los indios de la ciudad, además del ferry, han construido otras barcas pequeñas o canoas que suben y bajan por el río".

Todavía a principios del siglo XVII, todo parecía indicar que esta región se mantendría como la más rica de la alcaldía mayor de Chiapas y que en ella, dado la convivencia de una abundante población india con pequeños grupos de españoles y negros, se desarrollaría una original cultura sincrética, del tipo de la que surgió en el Altiplano Central de México.

### **La decadencia de la Depresión Central**

Sin embargo, los mismos elementos que habían garantizado su riqueza provocaron el despoblamiento de los pueblos y condujeron a la región a su ruina. En efecto, las epidemias llegadas del Viejo Mundo se ensañaron especialmente contra los naturales de la Depresión Central, en vista de que

muchos elementos presentes en la región facilitaban la propagación de las plagas. Por una parte, el constante trasiego de personas por el camino real exponía a los indios, que tenían que atenderlos, a contagiarse de todas las enfermedades de las que eran portadores. El calor y la presencia de grandes humedales creaban condiciones ideales para el desarrollo de las enfermedades infecciosas. No en balde, los indios a menudo habían preferido habitar en áreas de mayor altitud, ubicadas en el pie de monte cercano. De hecho, los pueblos que se encontraban por arriba de los 800 msnm —como fue el caso de San Bartolomé de Los Llanos, ahora Venustiano Carranza— resistieron mucho mejor los estragos de las epidemias. Sin embargo, los dominicos habían decidido que los pueblos debían ubicarse de preferencia en lugares abiertos y poco protegidos y sobre el camino real, es decir en el fondo del valle. Incluso, el simple hecho de haber congregados a los naturales en pueblos cuyas casas se encontraban muy cerca unas de otras facilitó la propagación de las epidemias. Finalmente, el enorme esfuerzo que supuso levantar en unas pocas décadas aquellas imponentes iglesias, que todavía despiertan nuestra admiración, debilitó a los indios y los hizo más susceptibles a las enfermedades.

En un primer momento, a lo largo del siglo XVI, las epidemias, a pesar de los estragos que provocaban, no suscitaron una excesiva preocupación entre las autoridades españolas. Después de todo, la situación de la Depresión Central no parecía diferir de la del resto del reino de Guatemala ni la de la vecina Nueva España, en donde también la población aborígen disminuía a ojos vista. Por otra parte, en un primer momento, los pocos naturales que sobrevivían a las plagas, paradójicamente, se veían favorecidos por la situación: tenían a su disposición una mayor cantidad de tierras, de tal forma que sólo se cultivaban las de mayor calidad, lo que permitía una mayor producción con un menor esfuerzo. Además, los bienes agrícolas que vendían a los españoles aumentaron de precio, haciendo que algunos indios percibieran pingües beneficios que les permitían darse algunos lujos, como adquirir mercancías traídas de Europa o de Asia.

La gravedad de la crisis demográfica se volvió evidente a partir del segundo tercio del siglo XVII. Mientras que, en la Nueva España, la población india empezaba a recuperarse, al principio

lentamente y luego, a fines de esa centuria, de manera más acelerada, en la Depresión Central los pueblos se iban quedando sin habitantes. Los primeros en desaparecer fueron los anexos de Copanaguastla: Tecoluta (a fines del siglo XVI), Citlaltá (a mediados del XVII) y Chalchitán (hacia 1670). La situación de Copanaguastla no era mucho mejor que la de sus anexos: en medio siglo, había pasado de tener casi 600 tributarios a tener tan sólo 24 hacia 1650. De hecho, los indios, conscientes de que el lugar en el que se encontraba el pueblo era especialmente insalubre, habían pedido permiso desde 1617 a la Real Audiencia de Guatemala para trasladarlo a otra parte. Pero los religiosos dominicos se opusieron a ello, alegando que las pestes que diezaban a la población eran un castigo divino por el culto que los indios habían mantenido a un ídolo que habían ocultado a espaldas del retablo de la Virgen del Rosario. En 1629, en vista de lo disminuido que estaba el pueblo, la sede de la vicaría se trasladó de Copanaguastla a Socoltenango. En 1645, los dominicos se llevaron los ornamentos y las campanas de la iglesia a Socoltenango, levantando así el acta de defunción de Copanaguastla. A pesar de ello, durante toda la segunda mitad del siglo XVII, un pequeño grupo de sobrevivientes —unas 30 o 40 personas— permaneció en el pueblo aferrado a las tierras de sus antepasados. Pero para 1702, esta lucha agónica había fracasado, y los últimos tributarios de Copanaguastla vivían en Socoltenango, en donde formaban una reducidísima parcialidad de la que no se ha encontrado mención alguna después del año de 1703. Ese mismo año, otros pequeños dos pueblos del área, Ixtapilla y Zacualpa, a pesar de que se encontraban en el pie de monte, a unos 1 000 msnm, tenían tan pocos habitantes que se decidió trasladarlos a Soyatitán.

El siguiente gran pueblo ubicado sobre el camino real en desaparecer fue Coapa. Para 1683, a raíz de unas mortíferas epidemias, la gran Coapa se despobló por completo, dejando sin un lugar de descanso a los comerciantes y transeúntes que recorrían el camino real. Aunque en 1690 el oidor Scals volvió a fundar el pueblo con españoles, ladinos y algunos naturales de Coapa que se encontraban desparramados por la región, a los pocos años todos los nuevos pobladores habían desertado el lugar. Después de la gran sublevación india de 1712, que conmocionó toda el área entre Ciudad Real y

Tabasco, hubo un último intento de repoblar Coapa. Para ello se escogió otro lugar a unos tres kilómetros del anterior, pensando que sería más propicio, y se condenó a un grupo de indios rebeldes que habían sido apresados a vivir en el nuevo asentamiento. Aunque se les proporcionó a éstos herramientas de metal y se les dotó de objetos litúrgicos y de imágenes religiosas para su futura iglesia, en menos de 20 años el sitio se hallaba totalmente despoblado.

Con la desaparición de Coapa y de Copanaguastla, que eran dos de las etapas más importantes sobre el camino real, éste se volvió impracticable. Los viajeros, después de pasar por Escuintenango, tenían que abandonar el valle del Río Grande y tenían que subir a Los Altos de Chiapas pasando por Comitán. Con esto, la Depresión Central acabó de perder toda su importancia anterior para convertirse en una región marginal y poco poblada.

El siglo XVIII no hizo más que darle el tiro de gracia. Uno tras otro, muchos de sus pueblos fueron desapareciendo a pesar de los esfuerzos repetidos de las autoridades por volver a congregarse a los indios que los abandonaban o por trasladar a naturales de pueblos vecinos en un vano intento por revivirlos. En 1726, Huitatán se quedó sin habitantes y la hacienda de Chejel se adueñó de sus tierras. Aunque siete años después se prometió a sus antiguos pobladores, devolverles sus tierras si accedían a repoblarlo, dado que era una etapa clave en el camino que venía del Soconusco, Huitatán no renació de sus cenizas.

En el extremo opuesto de la Depresión Central, en la región por la que pasaba el ramal del camino real que iba a Tehuantepec y Oaxaca, la situación no era mejor. Sólo el pueblo de Ocozacoautla mantenía una población importante, los demás habían quedado reducidos a pequeñas aldeas, en las que a menudo había más mulatos que indios. Todos los demás pobladores se habían refugiado en las grandes estancias ganaderas del área, que eran propiedad de españoles. Desde mediados del siglo XVII, Magdalena Ocotán había tenido que mudarse desde las orillas del Río Negro —en las inmediaciones de la Selva del Ocote— a otro sitio más cercano a los demás pueblos. Pero ese traslado no logró mejorar su situación. Hacia 1683, sus pobladores fueron congregados en el pueblo vecino de Tacuasín. Este

cambio, que ligó su suerte con la de Tacuasín, tampoco evitó su ruina. Tras décadas en la que su población fue disminuyendo, en 1757 los últimos pobladores de Tacuasín buscaron refugio en Cintalapa, llevándose con ellos su bellísima imagen de la Virgen de la Candelaria.

Los siguientes pueblos en desaparecer fueron Ostuta y Pochutla. Los dos poblados conocieron una larga agonía, porque sus tierras negras, fácilmente irrigables, eran de una fertilidad asombrosa. De tal forma que cuando los pueblos amenazaban con quedarse sin habitantes, indios y ladinos de asentamientos cercanos llegaban a instalarse ahí con la esperanza de levantar grandes cosechas. Pero se trataba de un espejismo mortal: las enfermedades daban rápidamente cuenta de ellos. Finalmente, al principiar el último tercio del siglo XVIII, todos se dieron por vencidos y abandonaron los dos asentamientos, aunque sus tierras siguieron siendo muy codiciadas.

Comalapa y Coneta también lucharon por mantenerse en vida. Hacia 1740, los indios de Comalapa abandonaron su asentamiento original en lo alto de un cerro para trasladarse unas decenas de kilómetros más al norte, a unas tierras planas más prometedoras. Pero no duraron ahí ni siquiera 40 años. Antes de 1778, este segundo asentamiento se había quedado sin habitantes. Por su parte, Coneta perdió a todos sus pobladores hacia 1740, que buscaron refugio en las haciendas vecinas para alejarse de sus malsanas ciénegas. A partir de 1767, las autoridades españolas intentaron volver a cobrarles los tributos. Unos diez años después, ese objetivo se había logrado, pero no es seguro que las entre 10 y 20 familias que cumplían con el pago de este impuesto hubiesen realmente regresado al engañosamente risueño valle en que se encontraba su pueblo. Lo que es seguro es que, en 1808, éste se encontraba vacío y a pesar de que podía haber constituido un lugar de descanso entre Escuintenango y Zapaluta, camino a Comitán, el subdelegado del partido descartó la posibilidad de repoblarlo por los estragos que provocaban sus ciénegas entre los viajeros y los cargadores.

El caso de Escuintenango es, sin duda, el más heroico de todos. A raíz de la desaparición de Copanaguastla y Coapa, Escuintenango se convirtió en una etapa clave para los viajeros que venían o iban a Guatemala. Aunque el camino real había dejado de atravesar por el valle del Río Grande para

trasladarse al parteaguas del Macizo Central, Escuintenango siguió siendo lugar de paso obligado. A pesar de ello —o tal vez por ello—, empezó a despoblarse a partir de mediados del siglo XVII y en un siglo pasó de tener 309 tributarios a tan sólo 41. Para 1776, su población era insuficiente para atender a todos los transeúntes, de tal forma que las autoridades ofrecieron relevar del pago de tributos durante diez años a todos los indios que quisieran asentarse en el pueblo. Para colmo, en 1783, un incendio destruyó la iglesia, el convento y gran parte de las casas del pueblo. Seis años después, se decidió trasladarlo a la otra margen del río, que se consideraba menos insalubre. Para 1828, un pequeño grupo de irreductibles seguía viviendo en el nuevo asentamiento. A pesar de ello, las autoridades eclesiásticas consideraron que la parroquia de Escuintenango debía desaparecer y agregarse a la más cercana, lo que suponía entregarle los instrumentos litúrgicos, los ornamentos, las imágenes y las campanas de su iglesia. Pero los últimos pobladores se opusieron a ello, y el traslado tuvo que posponerse. En 1835, el cura de Chicomuselo sugirió aprovechar que la epidemia de cólera los había debilitado todavía más para quitarles sus alhajas, pero finalmente no se tomó ninguna decisión al respecto.

Dos años después, en un cambio brusco de estrategia, las autoridades eclesiásticas contemplaron la posibilidad de reedificar la iglesia. Los habitantes que seguían en el pueblo y aquellos otros que se habían mudado a las haciendas cercanas vieron con agrado esta posibilidad y se ofrecieron a trabajar gratuitamente en ello. Pero, en 1844, los indios de Escuintenango se dieron finalmente por vencidos cuando las haciendas empezaron a cercar el pueblo. Ante el peligro inminente de que sus tierras fueran declaradas desiertas y adjudicadas a algún hacendado, lo que los habría convertido automáticamente en "baldíos" —es decir en peones obligados a trabajar gratuitamente varios días al mes para el propietario para tener el derecho de permanecer en aquellos terrenos—, optaron por entregar las alhajas, imágenes y campanas al párroco de Comitán —en calidad de depósito— antes de abandonar definitivamente su pueblo.

La decadencia de la Depresión Central en el siglo XVIII no perdonó ni siquiera a Chiapa de Indios, que había sido mucho tiempo el asentamiento más grande de Chiapas. Tras una serie de

mortíferas epidemias en el último tercio del siglo XVIII, su antiguo esplendor no era más que un lejano recuerdo. En 1822, el general Mier y Terán, a su paso hacia Guatemala, lo describió así:

"Lugar antiguamente muy poblado, que ha dado nombre a la provincia. Está reducido en la actualidad a 2 000 habitantes, que viven en las ruinas de sus mayores. A la orilla de un río caudaloso y en un suelo que tiene toda la fertilidad de los países calientes, Chiapa ha decaído tanto que no se encuentra una persona distinguida por sus bienes. El vecindario es muy pobre, y los auxilios que pueden prestarse a los caminantes se hacen repugnantes por lo asqueroso de la enfermedad venérea (tiña o pintos) de que adolecen con extremo todos sus habitantes".

Para entonces sólo el 23% de la población de Chiapas vivían en la Depresión Central y sus inmediaciones, que se habían convertido en la región menos densamente poblada del naciente estado.

### **Después de la catástrofe**

Durante todo el siglo XIX y principios del XX, la Depresión Central, tras la desaparición de la mitad de sus pueblos, se convirtió en un espacio semivacío, propicio para el desarrollo de extensas haciendas ganaderas, en las que un pequeño puñado de hombres —los últimos sobrevivientes de los pueblos— manejaban inmensos hatos. Poco a poco, algunas de estas haciendas fueron diversificando su producción y empezaron a cultivar maíz y caña de azúcar. Pero sus necesidades de mano de obra nunca fueron lo suficientemente grandes como para atraer a la región importantes contingentes de trabajadores. Durante los primeros cien años de vida independiente, dos de las lenguas mesoamericanas que sólo se hablaban en la región —el chiapaneca y el cabil o chicomulteco— desaparecieron para siempre de la faz de la tierra.

En las Terrazas de Los Altos, el pie de monte cercano, en donde se habían refugiado algunos de los sobrevivientes de los pueblos desaparecidos, sus habitantes sufrieron unas devastadoras epidemias de cólera a lo largo del siglo XIX. Durante el periodo revolucionario, los constantes ataques



que sufrieron los pueblos por parte de las facciones rivales —mapaches y carrancistas— crearon las condiciones para que la influenza de 1917-1918 se ensañara con sus moradores. A resultas de todo esto su población apenas creció durante 100 años.

Esto facilitó la llegada y la implantación de mestizos de San Cristóbal de Las Casas y de Comitán, que empezaron a hacerse de las mejores tierras agrícolas de las Terrazas de Los Altos. La convivencia con los nuevos pobladores llevó a los indígenas a abandonar sus idiomas mesoamericanos para adoptar el español como lengua única. Así hoy en día, en la región sólo un pequeño grupo sigue hablando el tzotzil, y en menor medida el tzeltal.

Sin embargo, el desplazamiento de las lenguas mesoamericanas no supuso una ruptura radical con el pasado: muchas creencias y prácticas culturales permanecen vivas y siguen desarrollándose a partir de lejanas raíces prehispánicas. El culto a las cuevas, la creencia en los naguales, la fabricación de medallones hechos de flores y hojas trenzadas, el trabajo del ámbar y de la laca son muestras fehacientes de esta continuidad cultural. Junto con las ruinas de las grandiosas iglesias del periodo colonial, constituyen los vestigios, tanto de una época de esplendor, como de una cultura sincrética, que no lograron consolidarse y expandirse. Son los vestigios de un Chiapas más integrado a los circuitos comerciales y productivos, menos fragmentado y menos polarizado entre sus regiones totalmente indígenas y sus regiones con población casi exclusivamente ladina. Son los vestigios de un Chiapas en el que un sector importante de la población india competía con los españoles por el control del comercio a larga distancia y por el mercado del ganado mayor, que se movía con soltura tanto en la cultura hispánica como en la mesoamericana y que se hablaba al tú por tú con los colonos llegados del Viejo Mundo. Son los vestigios de Chiapas muy distinto al actual que se esfumó en medio de devastadoras epidemias, pero del cual todavía se puede aprender mucho si interrogamos con paciencia las huellas del pasado y si escuchamos con atención la voz de sus herederos: los actuales habitantes de la Depresión Central.